

03 LL reacciones prensa 10 08 19

El crimen organizado busca controlar los medios de comunicación para proteger sus intereses económicos, proyectar la imagen de su organización y confirmar la imagen de sí mismos. En La Laguna lograron seducir, cooptar o intimidar a una porción importante de periodistas y empresas de comunicación, pero hubo quienes encontraron formas para resistir y seguir informando sobre los acontecimientos.

La Laguna es un importante nudo de comunicación y siempre hubo un entendimiento tácito entre traficantes de drogas y medios. Se toleraban. Eso cambió con la llegada de los Zeta en 2004-2005. Aplicaron a los medios el método empleado con las corporaciones policíacas: primero reclutaron a reporteros y los metieron a su nómina. Les pagaban entre 8 y 12 mil pesos al mes. Eran mensajeros e informantes que colaboraban en la difusión de una imagen de fuerza y omnipotencia. Todo lo sabían, todo lo podían.

Como mensajeros se encargaban de transmitir instrucciones. En mayo o junio de 2007, Arturo Aguilar (*La Opinión Milenio*) recibió una “invitación” de una “persona que trabajaba para un medio” a platicar con “ellos” [los Zeta]. La versión telegráfica del mensaje era “vas o vas”. Otros reporteros recibieron el mismo mensaje. Aguilar recuerda lo sucedido durante el evento:

*Nos mantuvieron tranquilos, una hora, tomando un refresco. Ya sabía uno que ‘nos iban a leer la cartilla’. Platicó el que se ostentó de representante, el encargado de la plaza. Nos dio un saludo de parte del patrón [siempre invocan al patrón]. Que venían a trabajar, que no querían problemas con la prensa pero que tampoco querían que la prensa les causara problemas. Nos platicaban y luego ostentaban el armamento. Uno traía un cabestrillo, le habían dado un balazo, pero la pistola fajada a la cintura. Eran 6 personas. Otro un arma larga.*

Cubiertas las formalidades utilizaban a sus mensajeros para dar instrucciones sobre lo que debía difundirse o silenciarse. Según Armando Moreno (*Milenio Laguna*) “mandaban las fotos que querían que se publicaran y las dejaban en la caseta. Después hablaban ‘oye, ahí están las fotos, hay que ponerlas’”.

Sus instrucciones estaban determinadas por la evolución de sus negocios y de sus enfrentamientos. Podían originarse en hechos coyunturales como el escándalo causado por el descubrimiento de que la cárcel de Gómez Palacio en Durango era base del Cartel de Sinaloa. En ese caso la instrucción era “bajarle de huevos a la historia de Margarita Rojas (directora del penal de Gómez Palacio). Decían que dejaran de pasar esa historia, de ya no moverle a lo de Margarita” (Alejandro Hernández Pacheco, camarógrafo de Televisa actualmente asilado en Estados Unidos).

Estaban luego las instrucciones permanentes. En una ocasión llamaron a Arturo Aguilar de La Opinión Milenio. Estaban molestos porque en una nota publicada se decía que ese grupo había huido a la persecución policíaca. El jefe respectivo le aclaró con voz enérgica pero emocionada:

*“Nosotros no huimos, le entramos, le atoramos, a eso venimos, sabemos que aquí podemos quedar, a lo mejor ahorita, al rato, a lo mejor mañana, es nuestra vida. Nosotros no huimos”.*

Sandra Silva de *El Sol de La Laguna* confirma la necesidad de tomar en cuenta sus sensibilidades. Nunca debían decir “delincuentes sino sujetos armados, ellos no huían del lugar, sino se retiraban”.

Para reforzar sus órdenes cometían actos de violencia pedagógica. En mayo de 2009, los Zetas secuestraron y asesinaron a Eliseo Barrón de *La Opinión de Torreón* y en agosto sicarios del Cartel de Sinaloa ametrallaron el edificio de *El Siglo de Torreón*.

La reacción de periodistas y medios estaba determinada por una realidad: no podían contar con el apoyo gubernamental. Estaban solos. Una y otra vez confirmaron que

*“Muchos municipales, estatales, de la federal, militares, se cambiaron de bando. Ya no sabía de quién cuidarme, si de los malos declarados o los malos por declarar”* (Arturo Aguilar).

La percepción de soledad se acentuaba por su incapacidad para entender la magnitud del riesgo. Entendían los acontecimientos de su localidad pero carecían de una visión panorámica sobre lo que pasaba en todo el Estado y en el país. Ricardo Mendoza de La Vanguardia de Saltillo recuerda que “nadie dimensionaba lo que estaba pasando”. Era imposible. La información estaba fragmentada, carecían de información confiable. “Nos quedábamos en lo local”.

Entre 2006 y hasta 2011 la guerra entre Sinaloa y Zetas tomó por sorpresa a los observadores. El gobierno federal tenía una visión razonablemente clara pero no la compartía con la sociedad. La prensa resistió de diferentes maneras.

Cada periodista fue tomando decisiones para protegerse. Por ejemplo, Resistieron con acciones individuales. Armando Moreno dice que “en ocasiones prefería no llegar a mi casa y dormía en el carro. Si pisaba la casa, era de entrada por salida. Sentía que entraban a ella. Desconfiaba de todos”. Cada uno hizo su propio mapa de riesgo en colonias, rutas de

acceso y escape. Para reducir el estrés intentaban evadirse de la realidad viendo caricaturas o leyendo “comics”.

Una reacción bastante generalizada fue la solidaridad gremial nacida del miedo y la desconfianza. El gremio se unió para sobrevivir. Se acabaron las exclusivas y los compañeros se juntaron a hablar del manejo de la información. Nadie se atrevía a ir solo. Siempre estaban en comunicación. “Aprendí que la muerte se tiene que respetar, que no hay egos” (Armando Moreno).

Entre las medidas adoptadas estuvo ser extremadamente cuidadosos con el lenguaje. Se generalizó el uso de sinónimos neutros: Malandros, traviesos, malos, aquellos, “son de la compañía”, etcétera. También observaron con cuidado los códigos no escritos de los criminales y sus pautas de comportamiento de los criminales. Una periodista “omitía el tipo de vehículo porque por las características sabías de qué grupo se trataba: “las Cherokees o Tsurus eran gente de Gómez Palacio [Sinaloa]. Las Rams, lobos, Jettas, eran de Torreón, los Zetas. Los vas conociendo” (Sandra Silva).

Otra fórmula empleada por los reporteros era aventar la responsabilidad: Aguilar cuenta haberle dicho a uno de ellos:

*“espéreme señor, nosotros somos reporteros, tenemos un jefe inmediato que es el que decide, que autoriza, modifica, le quita, le pone, resuelve si la publican o no. No maten al mensajero”.*

Estaría, finalmente, una forma que resume la incertidumbre y soledad en la cual vivían los periodistas. Javier Garza, Director Editorial de *El Siglo* por aquellos años, explica:

*No dejamos de publicar. Un punto de consenso entre los periodistas era que sólo publicarían aquello que fuera confirmado por las autoridades por medio de un boletín, parte o rueda de prensa.<sup>i</sup>*

En otras palabras, si el gobierno estaba infiltrado pues que ellos decidieran lo que era aceptable. Por aquellos años *El Siglo de Torreón*

pursue a very limited, basic reporting on stories about organized crime, sticking to official information without conducting our own investigations ... for it with stories about crime statistics, the spike in armed robberies, the social and economic impact of violence, the testimonials of people living under its shadow, and the links between poverty, unemployment and crime.

Estaría, finalmente, el respaldo que buscaron y obtuvieron de medios nacionales e internacionales. Al trascender el ámbito local ampliaron los márgenes de protección y hubo mayor presión sobre los tres niveles de gobierno para que pusieran en la lista de prioridades el combate al actor más peligroso: los Zeta.

---

<sup>i</sup> Entrevista Javier Garza Ramos, ex subdirector editorial de *El Siglo de Torreón*, 9 de noviembre de 2017